



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Amor que salva

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 3, 16-18 (Fiesta de la Santísima Trinidad - Ciclo A – 11 de junio de 2017)



San Ignacio de Loyola, en la segunda semana de los Ejercicios Espirituales, invita a contemplar algo que, desde la razón, es absolutamente inimaginable: ¡la Trinidad por dentro! Una invitación a estar presente, en palabras de Ignacio, “como si presente me hallase”, en uno de los momentos centrales del misterio de Dios: la Encarnación.

La oración de contemplación, típica en los místicos del siglo XVI, tiene tres momentos: ver las personas, escuchar lo que dicen y mirar lo que hacen. En la contemplación de

la Encarnación san Ignacio nos propone: “ver y considerar las tres personas divinas (...), como miran toda la faz y redondez de la tierra, y todas las gentes en tanta ceguedad y como mueren y descienden al infierno. Oír lo que hablan las personas sobre la faz de la tierra, es a saber, como hablan unos con otros, como juran y blasfeman, etc.; asimismo lo que dicen las personas divinas, es a saber: **Hagamos la redención del género humano.** (...) mirar lo que hacen las personas sobre la faz de la tierra, como por ejemplo herir, matar, ir al infierno, etc.; asimismo lo que hacen las personas divinas, es a saber realizar la santísima encarnación, etc.” [Ejercicios 106-108]

Más que una reflexión teológica sobre el misterio de la Trinidad, os propongo, siguiendo la indicación ignaciana, discurrir contemplando, el modo de proceder de Dios:

Y Dios vio... Dios mira detenidamente lo que está pasando en el mundo. No es un Dios lejano que, sentado en su solio real, se queda impassible ante el dolor y el sufrimiento que viven cientos de miles de sus hijos. Su mirada está llena de misericordia, de ternura y de compasión; una mirada tan implicada que, llegando hasta las fibras más sensibles de su corazón, le mueve a hacer la misericordia y a optar, con un sí generoso y radical, por la salvación del género humano.

Y, ¿nosotros vemos?... La globalización de la indiferencia, la anestesia que produce la civilización del espectáculo y el hastío y la impotencia que sentimos ante los mercaderes de la muerte nos están quitando la capacidad de ver y, sin ver, es imposible implicarnos en las causas justas que necesitamos potenciar para reconstruir el tejido humano y

social fracturado. Es importante “evangelizar nuestra mirada” para mirar con los ojos de Dios la realidad e implicarnos en su transformación.

Hagamos la redención... El resultado de la mirada implicada de Dios lo escuchamos con nitidez: hagamos redención del género humano. Es el desbordamiento del amor incondicional de Dios por nosotros, tanto que, abandonando su condición divina, hace que el Hijo asuma nuestra condición humana y se haga solidario con nuestra historia haciéndose partícipe de ella. Aquel Dios que en el Antiguo Testamento era totalmente inaccesible, en Jesús, el Hijo encarnado, se hace presencia y cercanía; historia y camino porque “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo”.

Cuando algunas personas, ante las noticias nefastas, se preguntan ¿dónde estaba Dios?, yo creo que desde la contemplación del misterio de la Trinidad solo hay una respuesta: estaba sufriendo con las víctimas, llorando con las viudas y los huérfanos, naufragando en las pateras con los inmigrantes africanos, haciendo jirones su piel en las vallas que separan a los pueblos hermanos, pasando hambre y frío con los habitantes de la calle, luchando con los artesanos de la vida y de la paz, cargando piedras para construir puentes de reconciliación... Dios no está fuera, ha optado por el camino de hacerse presencia que habita, libera, regenera y salva. Así es el amor de la Trinidad.

Nosotros, ¿podemos echar una mano a Dios?... Sin duda. Nuestras voces aisladas pueden ser un susurro en medio del ruido atronador de los fusiles y las bombas, sin embargo, millones de susurros pueden convertirse en una gigantesca coral que acalle los fusiles y levante su voz para cantar a la vida, la justicia, la paz, la reconciliación y el amor.

Es la hora de levantar nuestra voz y juntar nuestras manos para ayudar a Dios a hacer redención del género humano. Venzamos el temor que nos silencia y nos encierra pues el silencio avala las balas.

Es la hora de la unidad. Siguiendo el ejemplo de la comunidad trinitaria, aportemos lo mejor de cada uno de nosotros a la tarea de reconstruir el mundo. No fijemos nuestra mirada en lo que nos separa sino en lo que nos une. No veamos la diversidad como un obstáculo sino como una oportunidad. Unidad no es igual a uniformidad.

Es la hora del ímpetu misionero. Echar una mano a Dios implica ser capaces de dejar nuestro lugar de confort, del “siempre se ha hecho así”, para lanzarnos a la búsqueda creativa de alternativas de convivencia que hagan posible otra forma de vivir en el mundo.

Pidamos al Padre, al Hijo y al Espíritu que evangelicen nuestra mirada y bendigan nuestros corazones para, junto a ellos, implicarnos en la redención del género humano.